

GREGOR MACGREGOR.

Frank Griffith Dawson

La ciudad de Londres se ha acostumbrado a que nuevos y exóticos países se esfuercen por explotar el mercado europeo. Sin embargo, en lo que va del Siglo XX a la fecha ninguno ha intentado crear compromisos de parte de una nación ficticia. En 1982, Gregor MacGregor hizo exactamente eso cuando éxitosamente emprendió el primero de una serie de empréstitos a favor del imaginario país centroamericano de Poyais.

MacGregor, uno de los vendedores más elegantes y originales de la historia, nació en Edimburgo en 1786. Después de alistarse en el ejército británico prestó sus servicios en La Península y en 1811 acompañado por su gaitero personal se embarcó hacia Venezuela para pelear en las luchas de independencia. Su liderazgo y bravura fueron sobresalientes y Simón Bolívar lo ascendió a General.

En 1817 se dio de baja junto con sus oficiales semi-independientes y después de encabezar tres saqueos contra fortificaciones españolas en La Florida, Panamá y Colombia sin ningún éxito se dirigió hacia la inhóspita y pantanosa costa atlántica de Honduras, en donde a principios de 1820 obtuvo una extensa concesión de tierras por parte de George Frederick, rey de los Mosquitos, una tribu de fieros indios. MacGregor entonces se embarcó hacia Inglaterra en donde se proclamó a sí mismo George I, Cacique de Poyais, nombre que había dado a su "país". Estableció su residencia en Oak Hall, Wanstead, en donde agasajaba a políticos, hombres de negocios y financieros pródigamente.

En la legación poyaisiana abierta en Dowgate Hill frente a donde está ahora la estación de Cannon Street, vendía terrenos en Poyais a cuatro chelines el acre a los presuntos colonos que habían sucumbido ante un bien orquestado aparato de relaciones públicas. Se cantaban baladas en las calles de Londres y Edimburgo exaltando las riquezas minerales y los fértiles suelos de Poyais. En prospectos se describía la opulencia de su capital, Saint Joseph, mientras revistas y panfletos alababan este Jardín del Edén donde con un mínimo esfuerzo los pobres se convertían en ricos. MacGregor estableció un orden de nobleza y hasta creó un ejército en papel y se vendían nombramientos a jóvenes con ambiciones militares, con más dinero que substancia gris.

Para 1823 dos buques habían zarpado para Poyais llevando más de 200 hombres, mujeres y niños, muchos de los cuales habían comprado tierras a

los agentes de MacGregor. Otros se embarcaron como empleados contratados comprometidos para trabajar para el gobierno Poyaisiano, todos ellos mal preparados para la vida pionera en un grupo que incluía maestros de escuela, empleados de oficina, ebanistas, tenderos, joyeros y sirvientes para "caballeros". Mr. Gauger, un banquero de Londres, embarcado como gerente del inexistente Banco de Poyais y muchos inmigrantes traían consigo papel moneda poyaisiana habiendo sido persuadidos de comprarla con moneda del "Bank of Scotland" la cual, se les dijo, no tenía valor de cambio en Poyais.

Mientras sus buques se acercaban a Honduras, MacGregor estaba ocupado en Londres gestionando un préstamo por 200,000 libras esterlinas avalado por el "crédito" de Poyais para financiar la nueva colonia. Las utilidades de la venta de tierras deberían constituir un fondo de reserva para asegurar la deuda. Para finales de 1822, sin embargo, los suscriptores se rehusaron a cumplir los compromisos. En un intento por mantener MacGregor el interés de los inversionistas e incrementar los ingresos, anunció en 1823 que las buenas tierras tenían tal demanda que su precio aumentaría a 4 chelines 8 peniques por acre. En abril de ese año el precio alcanzó los 5 chelines y MacGregor pidió un nuevo préstamo a sus desafortunados inversionistas. Sus poderes persuasivos debieron haber sido extraordinarios, pues los accionistas no solo invirtieron más dinero después de la pérdida, sino que la respetable firma Perring & Co. de Cornhill, encabezada por un anterior "Lord Mayor", aceptó manejar el asunto y los bonos poyaisianos se vendían muy bien.

El clima general de la época favoreció a MacGregor. Reinando la paz en Europa, los valores extranjeros de alto rendimiento parecían particularmente atractivos, en especial aquellos en las naciones de América Latina cuyas luchas por la independencia eran vistas con simpatía en Inglaterra y en el lapso de 1822 a 1825 los empréstitos puestos en circulación en Londres sobrepasaban los 17 millones de libras esterlinas para las otrora colonias españolas. Dado el nebuloso conocimiento del público en geografía, Poyais parecía una inversión plausible. Vital para el éxito de MacGregor fue la carencia en Londres de adecuadas medidas de seguridad. Los préstamos al extranjero no pudieron venderse en la antigua bolsa de valores de Capel Court hasta en octubre de 1822 y la constitución y los reglamentos del Comité de la Bolsa Extranjera de Valores (Foreign Stock Market Committee) no se promulgaron sino hasta seis meses más tarde. Previo a 1823 las personas que negociaban los fondos foráneos no eran miembros del "Royal Exchange" y lo hacían en las casas de café de Cornhill, Exchange Alley y Lombard Street. No había reglas para hacer públicas las negociaciones, nada que controlara los tratos a puerta cerrada, ni medios de asegurar la honestidad de los promotores.

MAESTRO DE LA ESTAFA

La estrategia de venta de MacGregor estaba muchos años a la cabeza de su tiempo. Los certificados de préstamo de 1823 eran, con mucho, superiores en diseño, color e impresión a la mayoría de los documentos que eran emitidos entonces. Aunque la emisión tuvo, no es para sorprenderse poca demanda, MacGregor acumuló 160,000 libras esterlinas en el fraude antes de que estas se inventaran en cero.

Pronto comenzaron a llegar informes a Londres de los colonos de Poyais. St. Joseph, a donde habían arribado, era una miserable agrupación de ruinas, remanentes de una colonia inglesa abandonada en 1787. Las fértiles tierras eran pantanos. Los amigables nativos demostraron ser hostiles y rehusaron aceptar billetes del Banco de Poyais a cambio de alimentos. Los colonos comenzaron a enfermar, desesperar y morir. Los sobrevivientes fueron rescatados por barcos de Belice, pero menos de cincuenta colonos, enfermos y empobrecidos regresaron a Inglaterra. Algunos se dirigieron a "Mansion House" donde presentaron declaraciones detalladas de sus sufrimientos.

Mientras tanto MacGregor había huido a París en donde vendió 480,000 acres de tierra en Poyais a una compañía colonizadora francesa. En 1826 pasó diez meses en una cárcel de París por sus estafas, pero no antes de firmar un contrato por un préstamo de 300,000 libras esterlinas con Thomas Jenkins y Compañía, de Lothbury 29, destinado a consolidar los préstamos ya existentes y financiar la explotación de las minas de oro de Poyais. MacGregor hizo caso omiso al hecho que el rey mosquito había rebocado su concesión y en el proceso incluía dentro de los dominios poyaisianos a las Islas de la Bahía, hoy un popular lugar turístico. Aunque parece increíble este préstamo atrajo aún a más inversionistas desafortunados.

SE DESCUBRE EL FRAUDE

Por 1827 el fraude de Poyais había sido descubierto y MacGregor había alcanzado la cima de su carrera. Las 800,000 libras esterlinas en valores de la República de Poyais emitidas en ese año al 30/o anual, a un plazo de 30 años, pagaderos en la legación poyaisiana en la calle Threadneedle 23, probablemente no se hizo para el amplio público, sino para facilitar la venta de sus inversiones a otro grupo de especuladores. Estos certificados se imprimieron tan elegantemente como aquellos de 1823, aunque la generosa utilización de tinta roja sugiere que MacGregor tenía sentido del humor. Pero ni una petición negativa restringiendo posteriores endeudamientos impidió al Cacique promover un empréstito en 1831, ni tampoco vender certificados de conce-

siones de tierras en 1830 y 1834. Los certificados emitidos en oficinas de Edimburgo y Londres, en denominaciones que oscilaban entre 20 y 1,000 acres, tenían textos paralelos en inglés y francés probablemente por que los esfuerzos mercantiles de MacGregor se extendían ahora también al continente.

En Inglaterra, MacGregor no fue procesado nunca por sus aventuras poyaisianas, talvez por que había involucrado personas de las altas esferas en sus estafas. Además el sistema legal prevaleciente con su énfasis en la máxima latina "cavia templor", no estimulaba a litigar a las víctimas empobrecidas por los fraudes. A principios del siglo XIX no existía una procuraduría para los pobres. Por último, MacGregor concluyó que Poyais ya no era más negocio lucrativo y en 1839 solicitó al gobierno venezolano que le restituyera su antiguo rango militar. En reconocimiento por sus servicios distinguidos en las guerras de independencia, se le confirió la ciudadanía venezolana confirmándosele el rango de general en base a la antigüedad de su promoción inicial. MacGregor murió en Caracas en 1845 y fue sepultado en la catedral con todos los honores militares. El presidente de Venezuela, los miembros del gabinete y el cuerpo diplomático asistieron a la ceremonia. Hoy en día el Cacique de Poyais descansa junto a Simón Bolívar, su antiguo comandante, en el Panteón Nacional, vigilado por una perpetua guardia de honor.